

Dulcísima hechicera,
Llévame en pos de sí el amor tirano,
La cadena arrastrando más estrecha,
Que al más rebelde en su prision no se echa
De un mal en otro, procurando en vano
Soltar su ardiente flecha.
De amor en el altar en sacrificio
La prenda de mi honor le fué entregada;
Pensé acertar, mas ley es decretada
Del amor que no acierte á hacer servicio
Mujer que no es amada.
Esquiva de la gente, no me alegro,
Aborrezco del sol los rayos rojos,
El resplandor marchito de mis ojos,
Que deshechos en llanto amargo y negro,
Al mar doy por despojos.
La dulce voz de mi apacible canto
A los suspiros di sin armonía;
La disonancia ocupa el alma mía,
Y el corazón de un temeroso espanto
Es triste monarquía.

IDILIO XI.

¡Ay, qué revuelta vas, corriente brava,
Desnuda de arboledas y frescura
Ni quieres dar ni recibir cultura
Del bosque que á tu espejo se miraba
Conmigo en mi ventura.
No ya la vid al álamo sombrío
Sus brazos encadena dulcemente,
Ni de inmortal verdor orna su frente
A costa del humor del manso río
El plátano luciente.
Sin duda como á mí adornaros quiso
La fortuna en sus círculos mudable,
Y ya os dió á conocer su ser variable,
Dándome en vuestra ruina triste aviso
De su firmeza instable.
Mas si ya el ofendido cielo ha sido
Quien, en venganza de mi intento vano,
A las garras quizá de tigre insano
El centro de beldad habrá traído
Que antes me amaba ufano;
Si al paso de los bienes van los males,
Si al nivel del dolor se da el contento,
Si á breve bien pequeño sentimiento,
Si á pérdida mayor penas iguales
En todo experimento;
Véase en esto cuán activo y fuerte
Tormento siento en mí, pues he perdido
El bien mayor, y por el no cumplido
Gusto de amarte, dilatada muerte
De infierno he padecido.

IDILIO XII.

Paso llorando en el silencio mudo
La oscura noche y las calladas horas,
Cuando da en sueños sombras burladoras
El aire negro de color desnudo,
Lo que tú, amor, no ignoras.
¡Ay del que en sueños míseros se via
Al feroz seno de una tigre hircana,
Si ya despierto, entre la fuerza insana
De sus dientes se ve cuando del día
La luz se muestra ufana.
Yo cuando de mi angustia lastimera
Vuelvo en mí á la inquietud de mi deseo,
Con palpitar del corazón me veo
Ante la imagen de la muerte fiera
Por despojo y trofeo.
«Justa venganza de mi amarga vida,
La digo, á quien remite cielo airado,
Abrevia tu victoria y mi cuidado,
Y déjame de un golpe concluida
En tan mezquino estado.
»Ya he visto, por mi mal, lo que amor puede
En un pecho á quien falta la ventura,
Y el más fundado bien cuán poco dura,

Cuanto á un breve placer la pena excede,
Eterna en amargura.»

IDILIO XIII.

¡Ay mi perdido bien, muerta alegría,
Mi lucero, mi amor, mi doble dueño,
Mi sin igual amor siempre halagüeño,
Por quien en Dios y en ti tu Elisa fia
Ver tu rostro risueño!
Contigo hube palabras regaladas
Cuando la fe del corazón me diste;
Y cuando por tu esclava me rendiste,
¡Por qué para unas horas tan menguadas
Por tuya me elegiste?
Alma dichosa, que en amor ardiendo,
Sobre tu mismo fuego te levantas,
Y del mal libre con graciosas plantas
Los campos de zafiro vas midiendo,
Y al cielo te adelantas.
Mientras del tercer globo florecido,
Entre mil lirios, de mancilla exentos,
Cogiendo vas los castos pensamientos
Del puro afecto que á tu fe he tenido
Sin falsos fingimientos;
Vuelve los ojos, mira el sacrificio
Que ahora á tu deidad hacer espero;
Que ni yo pido, ni aunque pueda, quiero
Vivir ya sin estar en tu servicio,
Y estarlo al fin espero.
Que mi alma por seguirte estará ufana,
Suelta del cuerpo, que por tí padece,
Tú acoge ahora el don que ella te ofrece,
Dón que el amor acendra, el dolor sana
Y el honor engrandece.
Y el cielo justo, pues que lo es, ordene
Que á pesar de la envidia siempre impura,
En honra de un amor y fe tan pura,
Los que apartados al morir nos tiene,
Junte una sepultura.

IDILIO XIV.

Ya el enlutado día se acercaba
Que al mundo habrá de echar la noche oscura,
Y al lucero que al sol daba luz pura
Con un trágico acaso desoladora,
Fin dando á mi ventura.
Yo viera aquella noche sin estruendo
Salir, con manto de astros asombrando,
Y á la luna su curso acelerando,
Sus argentados cuernos ir creciendo,
Y mi vida menguando.
Si como esotras es mortal mi suerte,
Dírame con mi fin la Parca airada
Suerte más duradera y afianzada;
Que dar la vida á quien amó la muerte,
Cruza es solapada.
Éstas fueran las lágrimas postíferas,
Son y serán, que en misero lamento
Perdiera en este arroyo turbulento,
Que las hiela á la sed de tantas fieras
Con paso violento.
Mas si este bien, cual los demás, me veda
La estrella que á este punto me ha traído,
Por premio á la que en vano le he servido,
Este agrado á lo menos me conceda,
Que al cielo vuelto, pido.
Que este aliento vital que me recrea
Se pierda donde el resto se ha perdido,
A los pies de un ingrato descreído,
En donde cada cual lo que desea
Mire de hoy más cumplido.
En mi fin dulce, yo su rostro amado
Veré, en verme morir grata y contenta,
Y en morir si sus gracias acrecienta,
Están con mi desden desenojado,
Tendré la mayor cuenta.
Que la ocasión por que hoy fallece Lidia
Ha sido tan hermosa, que no espero

Que compasión me tenga el pasajero,
Sino es emulación y noble envidia
De morir como muero.

IDILIO XV.

¡Ay! por mi mal he visto en claro día,
En aire raso y cielo descubierta,
El sol de un luto fúnebre cubierto,
Robando su esplendor la sombra fría,
Contra el comun concierto.
La luna, que preside en su creciente
Al flojo sueño, en húmedas centellas
La vi alegre salir con sus estrellas,
Y faltando su luz cuando luciente
Preside á todas ellas.
Acaso el cielo todo, condolido
De mi pasión y mi lamento triste,
El luto de mis lágrimas se viste,
Pues de sus galas se ha destituido,
Y en mi dolor me asiste.
¡Ay! que me dice ya vuestra tristeza
Que esa mudanza y ruina insoportable
Me ordena alguna cosa miserable,
Cuando mi vida á florecer empieza,
Y hacerse al mundo amable.
La pederosa mano despiadada
Que os robó ese bellissimo ornamento,
Como á mí la esperanza del contento,
De triunfos y despojos va cargada,
Sin ver nuestro lamento.
Sábelo el río, el monte y la laguna,
Que está cansada y harta en sus victorias
De marchitar en flor mis dulces glorias,
Que arrebatará golpe de fortuna,
Si es que eran transitorias.
No viera yo cubierto de humo horrendo
Cielo que abierto vi, con luces bellas,
Cuando fortuna me halagó con ellas;
Que de una vez mis dichas concluyendo,
Fináran mis querellas.

ÉGLOGAS.

ÉGLOGA PRIMERA.

EMILIA QUEJOSA.

En fuego ardiente Emilia se abrasaba
Por Narciso, un pastor que en gentileza
Ningun otro del Bétis le igualaba,
Mas lleno de rigor y de aspereza.
En vano la pastora le buscaba;
Que donde falta amor todo es crueza;
Y cuanto era mayor su desden frío,
Más la zagala siente su desvío.
Sólo Emilia, con solo su cuidado,
Siempre que Febo al mundo amanecía,
Sin esperanza al bosque más cerrado
A lamentar su mal se retraía;
Y volviéndose al cielo despiadado,
Y al pastor sin piedad que no la oía,
Cebada en su desden la llama fiera,
Cantó, cual si presente la tuviera:
«No te duele mi mal, Narciso amado,
Ni oyes mi voz, ni ves mis desventuras,
Ni de humana piedad un solo grado
Pienso que alberga en tus entrañas duras;
Yo en tu amor siento el corazón llagado;
Tú siempre en desamarme te apresuras,
Como si gloria á tu beldad le dieras
Cruel siendo á mis ansias lastimera.
»Mis corderillos buscan la guarida
De la sombra en los álamos mayores;
Entre las zarzas frígida acogida
Procuran los lagartos saltadores;
Náis da en sazón la rústica comida

I, Ps., XVIII.

Con mil hierbas de olor á los pastores;
Conmigo, por seguirte entre la arena,
Al sol abierto la cigarra sueña.
»Ay tristes! más valiera el zahareño
Desden de Alfeiseo haber sufrido;
Y pues me amaba con tan fino empeño,
Mi altivez loca á Tirsi haber rendido;
Bien que es el Tirsi de color trigüeño,
Y tú como la nieve esclarecido;
Mas no fies, que siempre vi apreciado
Sobre la blanca flor clavel dorado.
»Soy el desden de tu altivez ingrata,
Y por tu antojo mis tesoros truecas;
Mis rebaños cubiertos de escarlata,
Y en miel colmadas mis colmenas huecas;
El queso, gruesa leche y fresca nata
No me faltan jamas, ni frutas secas;
Y canto cual Filena ya cantaba,
Cuando oyéndola el valle se pasmaba.
»Ni tan disforme soy, que en los cristales
Del río, en una siesta sosegada,
Mi rostro viendo y plácidas señales,
No temí ser con Clori comparada;
Ni temeré tu juicio en casos tales,
Ni pensaré de tí ser despreciada;
»Así no desprecies la floresta,
Su sencillez y juego de la siesta
»El perseguir con flecha enherbolada
El ciervo corredor te venga en grado;
Regir de ovejas una grey nevada
Con el verde taray no te dé enfado,
Ni te pese morar la regalada
Estancia en que las diosas han morado;
Que cantando las selvas moraremos,
Y juntos al dios Pan imitaremos.
»El la pastoral flauta halló con arte,
El de diversas cañas la ha arreglado,
La variedad de voces le reparte,
Y nos guarda solícito el ganado;
Mas no te pese, altivo, el adestrarte
Al uso de ella el labio delicado,
Que Alexi se perdía por sabello,
De mil zagalas siendo hechizo bello.
»Tengo yo un singular rabel sonoro
De marfil, con labores de corales,
Que hube por manda del gentil Lidoro,
Diciéndome, al morir, palabras tales:
«Tú sola herir podrás sus cuerdas de oro,
Cantando mis exequias funerales.»
Lidoro me lo dió, y quedó corrida
La simple Clori en verme preferida.
»Ofreciente del bosque las doncellas
Las rosas y azucenas de su falda,
Y en canastillos delicados, de ellas,
Las flores del anís, tomillo y gualda,
Del rojo acanto y de mosquetas bellas
Tributan á tu sien fresca guirnalda;
O entretejido en frescos mirabales,
A tu sombrero un ramo de claveles.
»Y yo te cogeré rojas manzanas,
Teñidas de su flor, con deliciosas
Naranjas chinas, que en las soberanas
Hojas del lauro irán más deliciosas;
Y otras frutas, tardías ó tempranas,
Te daré, mas serán inoficiosas;
Que tu gusto en mis dádivas no pones,
Y Alcina no está falta de estos dones.
»Alcina... mas ¡ay locos frenesíes!
»Qué hago perdida en mi dolor vehemente?
Fuego puse al rosal, que en carmesíes
Botones me dió el mayo floreciente;
En el agua lancé los ahelíes,
Turbando su cristal resplandeciente;
Mi rebaño olvidé; ¡la rabia ciega
De los celos de amor á tanto ilegal
»La leona feroz por la colina
Tras el tímido lobo sigue ansiosa;
El carnícero lobo se encamina
Con tino tras la cabra revoltosa;
Y la traviesa cabra el paso inclina
En pos de la retama apetitosa;
Yo á tí te sigo, mi delicia amada;

Que arrastra á cada cual lo que le agrada.
»Sobre los yugos el luciente arado,
Los bueyes toruan ya de sus labores;
El sol huye con paso apresurado,
Las sombras van haciéndose mayores,
Y el fuego en que mi pecho está minado
No mitiga ni aquieta sus ardores;
Que place al ciego amor no dejar hora
De reposo á su llama asoladora.
»Ah Emilia! ¡Emilia tristet! ¿qué locura
Te perdió, que en tu mal abandonada,
Dejas errar tu grey por la espesura?
¡Ay! torna ya en tu juicio recordada;
Teje algun canastillo con mixtura
De blanca y prieta mimbres delicada;
Que si Narciso te huye desdeñoso,
Otro amante hallarás más cariñoso.»

ÉGLOGA II.

CINTIA, POETA.

POETA.

Divina Euterpe, que en el blando coro
De los mancebos arcades presides,
Haciendo resonar tu plectro de oro
En valladares de frondosas vides;
Préstame, musa, espíritu canoro;
Diré con tu favor, no aquellas lides
De Marte insano, que fulmina horrores,
Sino fiernas endechas de pastores.
Amaba Cintia un sin igual mancebo,
A un pastorcillo, en quien el amor puso
El gusto de ella, y la fortuna el cebo
De mil cantares que él á ella compuso;
Aun no estaba florido, no, el renuevo
Que en su querer reverdeció confuso,
Y entre recelos sin sosiego estaba;
Ya fia en él, y en él ya no fiaba.
Y viéndole, como hombre al fin mudado,
Desdeñador de aquella fe primera,
Ella, en dolor el pecho traspasado,
Del miedo los recatos echó fuera,
Y en seco acento al paladar pegado,
La voz quebrada y la congoja entera,
El corazón mostrando por los ojos,
La causa así cantó de sus enojos.

CINTIA.

¿Cuál tigre fiero al eco no se mueve
De mi dulce cantar, sin el terrible
Desden tuyo sin par, porque se pruebe
Que á un monstruo no movió tanto apacible?
Alza tu vista, porque más se cebe
En ver que tu crueldad, siempre terrible,
Respira un fuego en mí que va abrasando
Al frío hielo, más que tu amor blando.
El dulce canto un dulce iman ha sido,
Que basta á retener la luna llena;
De Ulises el ejército lucido,
Con el canto, mudó sagaz sirena;
Con el cantar el áspid más temido
En medio el prado su furor serena;
Empero á tí, más fiero que las fieras,
No te atraen canciones hechiceras.
Enseñadas á oír amantes quejas,
Oye mi canto el coro de las Musas,
Culpando la impiedad con que me dejas,
Y aprobando mis lágrimas difusas.
En mi bien él no esquivó sus orejas,
Y tú en mi daño tu esquivó excusas;
Ellas aprueban el amor sincero,
Y tú desprecias mi querer primero.
Vino á escucharme el simple porquerizo,
El ovejero y el Menalca hinchado,
La honesta zagaleja, y «¿quién te hizo
Tan fiero mal, pastora?», han preguntado.
Apolo vino, y dijo: «¿Cuál hechizo,
Qué locura, zagala, te ha tomado;
Que aquel pastor por quien amante mueres,
De otra zagala sigue los placeres?»

¡Ay pastora infelice! tú perdida
Andas por la montaña y despoblado,
Tras de aquel de que Celia en la florida
Falda reposa con sosiego echado;
O bien ya la contempla enternecida,
O encendido la sigue enamorado,
Holgándose con ella en la floresta,
En el estío, en medio de la siesta.
Más duro y desabrido que alto roble,
Contra mi de aspereza te previenes,
Así, cual eres en valor más noble,
Más desigual cruéza que otros tienes;
Que su obstinado corazón y doble
Guarda en sí tales odios y desdenes,
Que al despreciar mis lágrimas ardientes,
Cruel te llaman pájaros y fuentes.

Por tí sufro las iras y fiereza
Del crudo niño Amor, y en mi tormento,
Por tí en mi pecho siento una extrañeza,
Que ningún bien me place, ni contento;
Por tí tránsito sola esta aspereza;
Por tí á mi grey olvido, y no la cuento,
Cual hice un tiempo, cuando Dios quería
Que en tu memoria no estuviera Eulia.
Ni que aborrezcas pido con aquesto
A la que el ciego amor y suerte loca
Favorecen, ni espero, por supuesto,
El ablandar tu pecho, cual de roca;
Que esperar de piedad un breve resto
En tu crudeza, ya en locura toca;
Y locura es, en fin, pedirte nada,
Ni aún la muerte, que ya me tienes dada.
Tú, zagal, con tu amante afortunada,
Causa cruel del fuego en que me abraso,
En paz te queda, queda en paz amada,
Bien que en darla á mi pecho fuiste escaso;
Y en fin, porque no sientas la arrojada
Muerte de olvido en mi postrero paso,
En ver mi cuerpo puedes complacerte,
Por causa tuya condenado á muerte.

POETA.

Dijo, y dijera más, si la congoja
Más ánimo la diera y más aliento;
Empezando á perder la color roja,
Perdió á un tiempo la voz y el sentimiento;
Quedó cual de albelli marchita hoja
Que de rocío baña el fresco viento,
Y cual la luz, quedó, de la mañana,
Cuando el sol no la dió color de grana.

ÉGLOGA III.

ARCADIO, POETA.

POETA.

La guirnalda de lirios
Deshecha por el suelo,
El cuerpo en una Peña recostado,
El alma en mil martirios,
Los ojos en el cielo,
Y el triste rostro en lágrimas bañado,
Yace el más desamado
Zagal en las orillas
Del Tórmes cristalino;
Y mientras sin destino
Erraban sus cuitadas ovejillas,
Sin dar al llanto pausa,
Así cantó de su dolor la causa.

ARCADIO.

Bellísima aldeana,
A mi dolor más fiero
Que roca hinchada al sonoro viento,
Si no eres más insana
Que asiática pantera,
Yo sé que dolerte has de mi tormento;
La pena y sentimiento
Que Sisifo rabioso
Tolera en el abismo,
Y en fin, cuanto asimismo

En qué yo te he ofendido,
Para que así, mi bien, me desampares?
¡Oh Dios! en qué mal hora
Al mundo fui nacido,
Si fué para sufrir estos pesares;
Plegue á Dios que si amares
Zagal que más te quiera
Que el que hora has desechado,
De un rayo disparado
Por la mano de Júpiter yo muera;
Empero si no le amas,
Los cielos te consuman en sus llamas.

POETA.

Más el zagal diría,
Si la implacable pena
Lugar le diera á proseguir su canto;
Y al ver que no podía,
Sobre la rubia arena
Soltó la rienda al lastimoso llanto,
La noche tendió el manto
De fulgidas estrellas,
Y en el silencio el eco
Volvió el monte hueco,
Doblando las tristísimas querellas
Que el misero arrojaba,
Si por dicha el dolor lugar le daba.

ÉGLOGA IV.

Era la noche, y en sereno vuelo
La tarda luna hácia el poniente huía,
En silencio escuchándose el desvelo
Del río que en correr tenaz porfía;
Cuando el carro polar la vuelta al ciclo
Daba, anunciando el ya vecino día,
Y con mayor presura las estrellas
Desaparecen en húmedas centellas.
Cuando con débil mano sustentando
Un claro cielo de luceros rojos,
Silvia al seno lo inclina, perlas dando
Al prado los raudales de sus ojos,
Que en suspiros mezclados iba dando
A su amante, por últimos despojos;
Como la bella Clície mustia queda
Cuando su hermoso rostro el sol la veda.
Vencida de un gravísimo tormento,
Al más duro peñasco entreciera,
Si en ellos consistiera el sentimiento
Que su amante falaz tener debiera;
Amante que, mudable más que el viento,
Faltó á la fe que conservar debiera.
Al fin muriendo, muerta su esperanza,
No ménos muertos ayes su voz lanza.
«Sal, ¡oh lucero! paje de la aurora,
Y su esplendor anuncia, cual lo sabes;
Sal ante la carroza brillante
Del día, de quien traes las rubias llaves;
Mira que ya con música canora
Te espera el dulce acento de las aves;
Y yo al sol mismo quiero por testigo
De la ingrata traición de mi enemigo.
»Mientras yo á tí, á la luna y al sol bello,
Y á todas las estrellas piedad pido,
Y de mi falso amante me querello,
En vil amor trocado el fementido;
Y aunque ningún provecho encuentre en ello,
A todos os descubro el pecho herido,
En esta postrer alba de mi vida,
No sé decir si dulce ó desabrida.
»Ay Silvio! ¿en quién pusiste tus luceros?
¿Por qué sin pundonor mi fe trocaste?
¿A quién, di, tus amores das primero?
¿De qué brazos el cuello te anudaste?
¿Ay primicias del alma, ay verdaderos
Amores míos! ¿Cómo los burlaste,
Dejándome en desprecio abandonada,
Cual hiedra de su arrimo destrozada!
»Silvio gentil á Mebia se ha entregado;
¿Qué se podrá dudar de hoy adelante?»

Se padece en el tártaro horroroso,
Yo mejor pasaría
Que un desden solo de la ninfa mia.
Un desden solo, ¡ay ciegos!
¡Ay, ay zagal cuitado!
Si un desden solo tanto te atormenta,
¿Cuánto será tu fuego
Al ver que se ha entregado
Al que de su amor tiene ménos cuenta?
No así tal vez revienta,
Opreso en fuego y agua,
De nublado espantable
El rayo formidable,
Como en el pecho, que arde como fragua,
Revientan desatados
Los celos, en bramidos levantados.
Llora, llora, cuitado,
Desde la noche al alba,
Regando en llanto el marchitado suelo,
Que en viéndose inundado
Hará crecer la malva
Y cañaheja inútil hasta el cielo;
Gozarás del consuelo
De que no ven tus ojos
Cómo ella favorece
A quien no lo merece;
De do nace el tropel de tus enojos:
Mora en el bosque á ciegas;
Pero ¿qué tienes, alma? ¿no sosiegas?
¡Ay triste! y cómo veo
Más antes sosegado
Motín de populosa muchedumbre,
Y muy más antes creo
Parar el alterado
Sillar que se desgaja de la cumbre,
Que no el amor, la lumbre,
La rabia y sobresalto
Del corazón celoso,
Del que un tiempo dichoso
De su ninfa gozó el favor más alto,
Y hoy, siendo su desprecio,
Ve que su pecho da al zagal más necio.
¡Ay zagal venturoso!
¿Con tal dolor te veo
Gozar los brazos de tu Silvia hermosa!
Plegue Amor que reposo
Tenga ese tu recreo,
Que te causa esa pérdida alevosa;
El su color de rosa,
Aquella su lindeza,
Sus ojos halagüeños
Y sus labios risueños,
Todo me aseguraba su firmeza;
Y ¡ay! que aunque faz no muda,
Muda su corazón de tigre cruda.
Pláceme la constancia
Que tuvo hermosa Filis,
Hasta morir, á su zagal Dalmiro.
Deléitame en su infancia
Sileno y Amarilis,
A quienes juntó Amor con dulce tiro.
Y al fin, cuando esto miro,
Cupido me enamora,
Me alegro su delicia,
Y á buscar voy propicia
A mi gloria, mi bien y mi señora;
Mas viéndome olvidado,
Maldigo el tiempo en el amor gastado.
Maldigo las auroras
Que por verla salía,
Discantando su amor con dulce avena;
Maldigo aquellas horas
Que yo en su compañía
Estuve el baile de la Noche Buena.
Maldigo la verbena
Que juntos la mañana
De San Juan recogimos,
Y los rubios racimos
Que en la choza colgué de esa tirana;
Pues me es tormento hoy día,
Cuando un tiempo me fué dulce alegría.
¿No me dirás, pastora,

¿Qué discordia el amor no habrá juntado,
Y qué no temerá el más firme amante?
La cordera paciente y lobo airado,
De hoy más en sí tendrán union constante,
Y la dulce paloma hará su nido
En el de sierpes de horrible silbido.

»Disponte, ¡oh toscal tuya es la ventura;
Tus dichas, Mebia, vayan adelante;
Cree que por tí sola de la oscura
Noche sale el lucero más brillante;
Mas ¡qué bien te está, oh Silvio sin cordura,
El que á todas burlabas arrogante,
Desdenador de mi color quebrado,
Mi rabel dulce y mi gentil cayado!

»Yo te vi niño y de tu madre al lado;
De mi diestra llevéte á mis perales,
Do travieso mil piedras has tirado;
Y yo llevaba á bien niñeces tales:
Las bajas ramas ya con brazo alzado
Tocabas de tres lustros, no cabales,
Cuando mi alma fuera ya tu esclava,
Que tras tí presa engaño la llevaba.

»Ya bastante ¡oh Amor! te he conocido,
En triste hora y horóscopo tremendo,
Ni en nuestro sér, ni sangre ni sentido,
Ni, en fin, con nuestras señas procediendo;
Sólo tu duro origen has traído
De crudos garamantes, del horrendo
Ródope ó bien del Ismaro fragoso,
Cuyas fieras azota el mar furioso.

»Por tí ya en sus hijuelos, insolente,
La Maga ensangrentó su mano fea.
Mas ¡quién fué de los dos más insolente?
¿Tú, fiero Amor, ó tú, feroz Medea?
Tú un rapaz fuiste de bastardo oriente;
Tú fuiste madre de infernal ralea.
¡Perezcan, pues, del mundo las edades,
Si caben en Amor tales maldades!

»Mas ya siquiera huyendo del pillaje
De mansa oveja el lobo atroz se vea;
El jazmín fino al roble dé homenaje,
Y negro cuervo al cisne el mundo crea;
Al Arion Menalca se aventaje,
Arion en bosque, Orfeo en el mar sea,
Y el orbe todo en desigual zozobra
Se anegue, pues á mí todo me sobra.

»Vivid, selyas, vivid tiempo dichoso,
Las que un tiempo placer me hubisteis dado;
Que yo de un risco al pié de espumoso
Precipitarme al fin he decretado;
Si no te fué servicio delicioso
El primero que te hice, oh Silvio amado,
Quizá, pues que te sobro, este segundo
Aceptarás, no viéndome en el mundo.»

Así dijera, y con el desvarío
Que á la gentil pastora iba cogiendo,
En las olas se echó de cristal frío,
El nombre de su amante repitiendo;
Turbóse al golpe el cristalino río,
Un eco por su márgen esparciendo;
Al cual valles y montes resonaron,
Y la arboleda atónitos dejaron.

ÉGLOGA V.

La snavidad del céfiro amoroso,
Y del Abril la plácida venida,
El invierno ahuyentaban riguroso,
Dando á las flores nuevo aliento y vida;
Cuando tras sus ovejas sin reposo,
De su cruel Lidoro aborrecida,
Al valle salió Elisa, mi pastora,
Con las primeras luces de la aurora.
Con blandos ruegos la sazón buscaba
De hallar á su zagal menos altivo;
Mas ni este ni otro medio aprovechaba;
Que donde falta amor todo es esquivo:
Cuanto ella á su desden más se humillaba,
Le daba de esquivéz mayor motivo;
Que es el varón, si amor con fuerza doble
Que á una mujer no hiere, áspero roble

Y viendo cuál su pena se dilata,
Y la dureza de su crudo amante,
Y la inconstancia con que amor le trata,
Y su fatal estrella sin menguante;
De su desden, de su aspereza ingrata
Se querella con voz tan penetrante,
Que al cielo pára, enfrena al viento airado,
Detiene al río y enternece al prado.

«Cruel canto, bellissimo Lidoro,
En tu beldad tan vano, que limitas
Que de humano pincel pueda el decoro
De Adónis copias dar más exquisitas;
Tú en negros ojos y en cabellos de oro
La libertad á mil serranas quitas;
Desentendiendo del estrago que haces,
Cuando en servir á Amor no te complaces.

»Ea, pastor, si engendra tu nobleza
Piedad hácia el Amor, gracioso niño,
Y grave no te fué de una belleza
Tener esclavo el singular cariño;
Así el cielo conserve la entereza
De tu grey, más nevada que el armiño,
Que á quien te busca tierno y amoroso,
No te muestres de hoy más tan desdenoso!

»Sacrificio á tu gusto el alma mia
Para que de su fe te satisfagas;
Te ofrezco un corazón que en tí confía,
Lleno por tí de mil ardientes llagas;
Tú con despego anegas mi alegría,
Y el adorarte con desdenes pagas;
¡Ay, qué mayor tormento se me diera,
Si contra tí otra culpa cometiera!

»Sabes que cuando niña llegué á verte,
Mi primer dicha fué rendirte el alma;
Tan poco ¡ay Dios! importa, que en quererte,
Ninguna otra á mi amor llevó la palma,
Y sólo el dulce bien de obedecerte,
Mi gusto por el tuyo tuvo en calma;
Pon, pues, tus ojos en mi amante pecho,
Si de mi amor no te hallas satisfecho.

»En él verás por mi querer pintada,
Aunque tal vez te pese, tu figura,
Tan gentil y con tal primor copiada,
Que se ve tu desden y tu hermosura,
Y á par de ella la mia trasladada,
Lamentando mi amarga desventura,
Mi mucha humanidad, y el poco aviso
De mi querer, que más que á sí te quiso.

»No con más lealtad el cristal puro,
Ni sosegada fuente en valle ameno,
Mostró detras del trasparente muro
A los ojos su limpio y casto seno;
Ni en bien cercado huerto más seguro
Rebaño fué de sobresalto ajeno,
Que tu amor en mi pecho y en mis ojos,
Gozando mil dulcísimos despojos.

»Si con temor te sirvo y obediencia,
Y adoro tu donaire y apostura;
Si entre mi sufrimiento y tu violencia
Cada hora el oro de mi fe se apura;
Y si es justo vivir en tu presencia,
Siendo mi sol en cárcel tan oscura;
Calle yo, y en favor de mi firmeza
Hable tu cortesía y gentileza.

»Bien sabes que tus iras he temido,
Como batel pequeño al mar airado,
Y que entre estos recelos te he servido,
Cual por conjuro espíritu apremiado;
Y tú por eso me has aborrecido,
Cual á contrario tuyo declarado;
Y no lo soy; ¡pluguiese á Dios lo fuera,
Y que mi rendimiento en tí se viera!

»¡Ay! que entre penas vivo, y de esta suerte
Tu aspereza me está martirizando,
Mi esperanza en los brazos de la muerte,
El verdor de su pompa marchitando;
Muriendo por el gusto de quererte,
Que es en la ley de amor vivir triunfando;
Mas, muerta ó viva yo, tu altivez cierta
Puede estar que mi fe no será muerta.

»Ponme al sol que la seca arena abrasa,
O adonde espira envuelto en tierna nieve;

Ponme al cielo que siembra ardiente brasa,
O al que la escarcha y el granizo llueve;
Por donde el día con su carro pasa,
O la enlutada noche el suyo mueve;
Que en luz ó sombra, en tierra ardiente ó fría,
Por ser tuya, pastor, no seré mia.»
Dijo; y cual si de mármol blanco fuera,
Quedó sin alma, sin color, sin vida;
Sólo dió el llanto muestra verdadera
De estar el triste cuerpo al alma asida.
Duro paso de amor, que enterneciera
Del Caspio mar la roca más cenida,
Y en Lidoro no obrara el sentimiento
Más que en el duro bronce airado viento.

ÉGLOGA VI.

LAURITA.

ÉGLOGA PISCATORIA.

POETA.

Entre unas duras rocas,
Que de la diosa Tétis
Tiene el teson continuo socavadas;
Donde las ondas locas
Del cristalino Bétis
Entran en su furor arrebatadas;
Donde mil enramados
Cabañas los barqueros
Tienen por sus orillas,
Y redes y barquillas
Atar suelen de rústicos maderos;
Laurita pescadora,
Niña en la flor de sus abriles, mora.

Amaba á un marinero,
En cuya gentileza
Todos los gustos de ella el Amor puso.
Mil cantares ternero
El jóven con terneza,
Llenos de mil lisonjas, la compuso;
Reverdecíó confuso
De amantes esperanzas
En ella algún renuevo,
Juzgando su amor nuevo
Libre ya de recelos y mudanzas;

Así que, sin sosiego
Se abandonaba al encendido fuego.
Mas el gentil mancebo,
Finalmente trocado,
La dejó, sin guardar su fe primera;
Ella, en dolor tan nuevo
El pecho traspasado,
Del miedo los recatos echó fuera;
Y á la barca ligera,
En que el garzon huía,
Con voz triste y quebrada,
Medio desesperada,
Con llantos y querellas maldecía,
Y en tono dulce y blando,
De esta suerte se estaba suspirando.

LAURITA.

Si el bien que adoro y temo,
Y mis fatales hados
Me guían á la más terrible pena
Y al más mísero extremo
Que dan astros airados,
A quien el cielo gran castigo ordena;
Por esta húmeda arena
Los tristes ayes míos
Muestran por boca y ojos
Sus mortales enojos,
Que abrasen los helados vientos fríos,
Que tal vez vi amansados
Al són de mis acentos lastimados.
¡Cómo el valor se infama
Que siempre amanecía
De tu corazón grato en mi memoria!
Que aunque contó tu fama
Aun ménos que yo via,

No era menor que mi querer tu gloria.
¿Cómo en queja notoria,
Tirso, con tu mudanza,
Quedaré en este suelo
Huérfana y sin consuelo;
Huérfana ¡ay! de la célebre esperanza
Con que tuya me hiciste
Cuando del juego el premio me ofreciste?
Goza el placer dichoso,
En tanto, del descanso,
Que este revuelto tiempo se mitiga,
Y el mar tempestuoso
Se muestra ledo y manso,
Y en ménos olas su arenal fatiga.
Mientras que no prosiga
En rios tumultuosos
El dar turbio tributo,
Y no se vistan luto
Del cielo los celajes luminosos,
Cubriéndose el lucero
Que conduce y deleita al marinero.

Ya, por mi mal, has visto
Gentes en suerte loca,
A los dudosos vientos confiada,
Dejarla el no previsto
Rigor de alguna roca
Por el áspero mar toda sembrada;
Pero, ¡ay de mí cuitada!
Si mi pasión penosa
Tan de lejos te hiere,
Que la que bien te quiere
Ni aun alcanza en tu bien ninguna cosa,
Ablande ahora tu pecho,
Ya que no mi dolor, ver tu provecho.

Ni yo la fe te pido
Del dulce enlazamiento
Que mi vana altivez me prometía,
Ni por esto en olvido
Dejes cualquier contento
Por el remedio de la pena mia;
Sólo que la alegría
De esta ribera goces
En dulce pasatiempo,
Mientras, trocado el tiempo,
Refrena el mar sus impetus feroces;
Que aunque yo en tí me hallára,
Ningun más grato dón te demandára.

Mas que de mí te alejas
Ya sé, barquero altivo,
Fiado de tu gala en el tesoro;
Y en soledad y quejas,
Cruel y fugitivo,
Huyes sólo de mí porque te adoro.
En este mar que lloro,
Con mil delirios ciega
En tempestad cerrada,
Pues tanto el mar te agrada,
Vuelve, y en él á tu placer navega;
Navega á tu contento,
Que mis suspiros servirán de viento.

Vuelve, y verás el gusto
Que tuve de quererte,
Torcedor hecho de mi amarga vida;
Y cuán cerca al injusto
Cadalso de mi muerte,
Fué la vana ocasión de tu partida;
Mas la ocasión perdida
No vuelvas; retrocede,
Que sólo en verte el alma,
Que aborrecida en calma
De muerte está, por tuya cobrar puedo
Nuevo rigor y brío,
Para pena mayor y agravio mio.
Que ese mar espantable,
Cual tú inconstante y vario,
Trono de la fortuna sin asiento,
Si ya para tí afable,
Cual para mí contrario,
Paso te ofrece y favorable viento;
Yo espero que violento
Vuelva á su estilo arisco
Que de ordinario coge,

Y tu barquilla arroje
Sobre la dura furia de algun risco,
En que ella y tú fenezca,
Y en lo duro y cruel se te parezca.
Que así se da el castigo
A las almas dolosas,
Que la fe y juramento no cumplieron;
Que es el Amor amigo
De vindicar sus cosas,
Con pena igual al mal que merecieron;
Pero sí, porque vieron
Que es mía la venganza,
La dejan, yo la fio
A los ayes que envío;
Ellos no dejarán de tu mudanza,
En el soberbio charco,
Reliquia alguna, al anegar tu barco.

POETA.

Las lágrimas ardientes,
El ánimo del pecho,
Con las ansias de verse desamada,
Mil sollozos dolientes,
Que á un corazón no hecho
Al amor dieran muerte atropellada;
La triste voz cansada,
Torpe el vital aliento,
La congoja nacida
Del alma entristecida,
Sin pulsación alguna el sentimiento,
Tanto en ella labraron,
Que á la pescadorcilla desmayaron.

ÉGLOGA VII.

EN ALABANZA DE LA VIDA DEL CAMPO.

DELIO, SILVIO, ALEXI.

POETA.

Canto con voz suave
Del Tórmes dos galanes pastorcillos,
Y aquel contender grave
Que hubieron al vergel de los tomillos;
Holgándome de oídos;
Que tan dulces primores
Jamás pensé de rústicos pastores.
Luisa, sin par graciosa,
Del gran blason de Asturias ornamento,
De España lumbrera hermosa,
Que envidia el estrellado firmamento;
Si alguna vez contento
Te dió el ameno prado,
Con la luz de tus ojos hermozeado,
O si te place ahora
Ser de sus dulces musas norte y guía,
Presta oído, señora,
Al tierno són de la zamponía mía;
Que aunque ronca solía
Sonar, si hoy la escuchares,
Vientos enfrenará, calmará mares.
Al tiempo que hacen salva
Los tiernos ruiseñores dulcemente
Al que en brazos del alba
Se levanta del tálamo de Oriente,
Y sacando la frente
Bañada de esplendores,
Nos da luz, cuaja perlas, abre flores;
De su choza salía
Delio, pastor de Tórmes regalado;
Delio, por la armonía
De su sin par zamponía celebrado;
Guiando su ganado
Por la más fértil vega
Por el Tiber español fecunda y riega.
Y el buen zagal, que estaba
El cielo y suelo hermosos contemplando,
Sacó el rabel, que daba
Alegria á las granjas con són blando;
Al cual acompañando
Voz del alma salida,
Así cantaba á la estación florida,

DELIO.

Deja en buen hora, primavera alegre,
Deja de Cipro, deja los jardines;
Y á los confines de la madre Iberia
Súbite vente.
Vén, ninfa hermosa, y por la verde alfombra
De nuestros valles siembra á manos llenas,
Siembra azucenas blancas, rojas flores,
Cárdenos lirios.
También Favonio, de benigno aliento,
Para bien nuestro, dulce á silbar vulturas,
Y de estas selvas vistas los erguidos
Alamos tiernos.

Tu frente bella de esperanza verde,
Inmensa madre, muestra coronada
Del cielo, ornada con tan regalados
Fértiles dones.

En vuestras cimas, amarillos montes,
Benigno hiera la apolínea lumbrera;
De cuya cumbre leche y miel destile
Líquida vena.

Por bellos caños de variado jaspe
Viértas, oh fuente, perlas orientales,
Y en tus cristales los sedientos pechos
Néctares beban.

Cantad, ufanos pajarillos blandos;
Henchid la selva de amoroso acento,
Y el vago viento vuestros picos y alas
Rápidos corten.

Saltad alegres, corderillos míos;
Corred jugando tras las madres blancas;
Y sin carlancas, sueltos mis mastines
Júbilo muestren.

Vuestros contentos por los verdes llanos
Mostrad tañendo, dulces pastorcillos,
Los caramillos con que dais al bosque
Música alegre.

Deja tus urnas, regalado Tórmes,
Y á ver el día sal del agua afuera,
Y en tu ribera discantando mira
Cándidos cisnes.

También vosotros, amorosos Faunos,
Bellas Napeas, coro de Amadrias,
Y hermosas Drías, celebrad aquesta
Selva florida.

Vengan, pues, vengan las divinas Gracias
Al gozo ameno de la amiga selva;
Todo se vuelva dulcedumbre, y todo
Júbilo sea.

Quien quiera, siga, siga las pisadas
De los que ¡oh mundo! en grillos de oro ponés;
¡Miseros dones, con que los adulas,
Miseros lazos!

Y tú, que un tiempo el desengaño viste,
Libre tu dueño, libre el són levanta;
Y alegre canta al inocente campo,
Cítara mía.

SILVIO.

Dime, querido Alexi, así tú goceas
Del amor de tu dulce Galatea:
¿Quién hinche el valle de sonoras voces?

ALEXI.

Yo, mi Silvio, no sé cuál pastor sea;
Tan sólo sé que Delio, nuestro amigo,
Conduce su ganado junto á Otea.

SILVIO.

De eso puedo yo ser mejor testigo,
Que á mi padre sirvió; mas el que canta,
Si es él u otro zagal, sólo te digo.

ALEXI.

Un poco más los pasos adelanta,
Y al cuento le verás de esa pradera;
Pues has por conocerle prisa tanta.

SILVIO.

Yo me holgaría, si, que Delio fuera;
Pues con su ingenio y tono regalado

Quizás algún placer al alma diera.
Que este pastor, cual padre de mi amado,
Aunque en la grande Mantua no hace asiento,
Ni en las doctas Atenas se ha versado,
No es pastor, no, de ocioso pensamiento;
Que antes goza de fértil fantasía,
Con una luz de raro entendimiento,
Que allá en mis hatos yo estudiar le via
De cielo y tierra las disposiciones,
Y hazañas de la hispana monarquía;
Desde el polar crucero á los Triones
(Cual si el pastor allá se hubiera hallado),
Noticia da de todas las naciones.

ALEXI.

Pues yo te apostaría de contado
El manso más gentil de mis ovejas,
A que no es otro el que hemos escuchado.
¿No te suena su voz en las orejas?
¿De su rabel no escuchas el sonido?
En vano en conocerle más te aquejas.

SILVIO.

No en vano para mí, que es muy debido
Que yo le busque y mi pasión le cuente;
Que al fin le quiero como me ha querido.
Mas hételo á la orilla de la fuente;
¡Ay Dios! cuánto me alegro de encontrarlo
Por pasar esta aurora alegremente.

DELIO.

Amado Silvio, lustre de este valle,
Jóven Narciso de este bosque y río,
En hora buena mi cariño te halle.
El cielo guarde ese ademan y brio;
Y como creces en edad florida,
Así dilates tu amplio poderío.

SILVIO.

Gozar quisiera descansada vida;
Mas cruel le place á mi contraria estrella,
Cada vez me será más desabrada.

DELIO.

Vamos, zagal, tu primavera bella,
Dón celestial de mil venturas lleno,
Y tu beldad, que á todo el campo sella,
Date la comun madre de su seno
Sin repugnancia frutos y años tales,
Cuales á nadie en este campo ameno.
Bien querido de nuestros mayores,
Tal vez de mil pastoras codiciado,
Y envidiado tal vez de mil zagales;
Y con todo, pretexto has encontrado
Que de tu sér feliz haga olvidarte,
Para ser con los míseros contado.

SILVIO.

Excusado es, mi Delio, ya contarte
Agravios de que no puedo guarirme,
Ni lo podré alcanzar por fuerza ó arte.
Intentaron los hados destruirme;
Y por más que á sus crudos golpes arme
El corazón, no puedo resistirme.
Así que estoy resuelto de ausentarme
De esta heredad á Mantua la famosa,
En donde espero de este mal librarme.
Jamás con pena el ánimo reposa;
Y pues fortuna dices me da el cielo,
Probar quiero hasta dónde es poderosa;
Porque yo al fin no tengo por buen celo
El que mostramos á esta choza y prado,
Sin ver otro jamás que aqueste suelo.

DELIO.

¡Ay Silvio, cuánto vives engañado!
Y cuán cierto es aquel proverbio viejo,
Que nadie está contento con su estado.
Mas porque anticipado el buen consejo,
Tal vez al hombre suele ser amargo,
Y ódio cautela trae consigo anejo,
Yo te ruego, zagal, nos hagas cargo

De la ocasión que así vino á mudarte.

SILVIO.

Oid; que yo os prometo no ser largo.

DELIO.

Preparados estamos á escucharte.

SILVIO.

Ya veo que os espanta
Mi interior guerra y mis discursos raros,
Y que hay justa razón para admiraros
Con lo que mi voz canta,
Que sobre mi experiencia se adelanta.
Siéndome desabrada
La suerte, que parece que abrazaron
Mil sabios, que las selvas celebraron
Con voz dulce y subida,
Llamándola apacible y dulce vida;
Pláceme que este suelo,
Y montes coronados de lentiscos,
Y la extrañeza de estos altos riscos,
Y despejado cielo,
Den bastante ocasión al Dios de Delio.
Pero negar no debo
Que estando de las ciencias tan remoto,
Tiene al ingenio enruddecido y roto,
Sin que cosa de nuevo
De un día en otro muestre el mismo Febo.
Porque, ¿cuál noble idea
De la máquina hará del universo,
Más admirable cuanto más diverso,
Aquel que jamás vea
Más que los breves chozos de la aldea?
Que al fin cosa es pesada
Ver cuál pasamos los prolijos días
En estas solitarias alquerías,
Sin que esta vida en nada,
Cual de Pluton el reino, sea variada.
Si el bosque reverdece
El azul lirio y los claveles rojos,
Aunque tal vez deleitan á los ojos,
Triste al cabo se ofrece,
Por la gran soledad con que aparece.
Y una vez observada
La amenidad de selvas, fuentes, prados,
El repetir fastidia sus cuidados;
Y queda de sobrada
La atención más vivaz desconsolada.
Si mi juicio desdeñas,
¿Qué sacas, di, de oír las bulliciosas
Aguas correr, ó respirar las rosas,
Y envidiado tal vez de mil zagales,
O si el árbol parece que hace señas?
¿Qué en notar se adelanta
La variedad que ves en brutos tardos,
Ligeras aves, rápidos bastardos,
Diversidad que espanta,
O que puede alegrar fiera tanta?
Pues la aldeana gente
Corta es de ingenio y llena de rudeza,
Y placer poco causa á la grandeza
De un ánimo valiente,
Que estrechez tan oculta no consiente.
¿Cuál razón no se enturbia
Sin salir de otro asunto ni palabras,
Que huertos cultivar, ordeñar cabras,
Si crece el ren ó alubia,
Si el ábrego promete viento ó lluvia?
Si alguno en la contienda
Pastoral ganó un premio sabiamente,
La soledad del sitio no consiente
Que su virtud se extienda,
Ni que otro que los rústicos lo entienda.
Si otro osa divertirse,
Seguirá sólo á la áspera Diana,
Cruel hallando alguna traza insana,
De la que perseguirse
O perseguir á otra ha de seguirse.
Y cuando esto no sea,
Abundan en sospechas y malicias
Contra el pastor que sigue las caricias